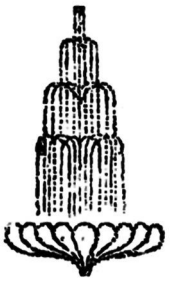
¡VENID A JUICIO!



QUITO

Imprenta de los sucesores de
Bermeo.

1894

A MANERA DE PRÓLOGO.

¿Qué voy á decir aquí? Porque si empiezo recomendando mi trabajo y haciéndome el modesto, diciendo, por ejemplo: *Estos pobres y mal pergeñados artículos míos*, me dirán los lectores: si están *mal pergeñados* no los publique. Y además, con eso me parecería á D. Roberto Espinosa, que á cada composición que dispara, nos sale con este intróito: *Allá van estas desamparadas obras mías, para que el público las juzgue benignamente.* No; yo no diré eso, ni empezaré pidiendo *indulgencia* y llamando al lector *benévolo*, porque eso es precisamente, pedir de antemano al público, como de caridad, un aplauso inmerecido; y yo, aunque pobre, no estoy todavía en estado de pedir limosna.

Mas no por esto que digo se me vaya á creer poseído de orgullo y de fatuidad; que, si detesto á esos hombres que escriben prólogos altaneros, no me horroriza menos ver cómo algunos escritores se acercan á ese buen señor que se llama el Público, le tiran á las narices un grueso tomo de *alg* y después le piden perdón. No, yo no imitaré ni á los unos ni á los otros, y me contentaré con hacer y decir lo que ciertos papanatas que, en momentos de curiosidad y apiñamiento popular, sin ver donde ponen el pie, dan serios pisotones á algún desventurado vecino y luégo esclaman y preguntan ¡ah! le pisé?

Pues señor, es el caso que ya iban siendo muchos los pecados de la prole literaria en el Ecuador, y era preciso *llamar á juicio* á todos los escritores. Yo quería llamarlos de doce en doce, pero, en esta

primera vez, se ha levantado, contra mi voluntad, uno más, oficiosamente, sin haber sido notificado. Con todo, es bueno que se sepa que, en adelante, no permitiré igual cosa, porque no tendré cabeza para tantos. Cuando más doce, y aun eso eso es mucho. El trabajo será menos corto; es decir, tendré que juzgar algunas series; pero, en fin, mientras una docena se va y otra viene podré respirar.

Si alguno me preguntare cuándo escribí esta primera *serie*, le contestaré que poco le importa saberlo; si tornare á querer averiguar por qué la publico, responderé, sencillamente, porque ese es mi gusto, y, sobre todo, porque tengo con qué pagar al impresor; y si otra vez se me preguntara para qué escribí, contestaré, caricolorado ya, con las orejas convertidas en ascuas y con mucha bilis. ¡Carambola! no me tueste usted á preguntas. Yo soy hombre de pocas palabras.

I.

El poeta de la cartera.

Carlos R. Tobar es un señor de muy buena pasta. Regular escritor en prosa, cuando no saca el material de la cartera, mal poeta y peor autor dramático en toda ocasión.

La primera obra *grande* con que se dió á conocer este autor, fué un libro con enormes letras coloradas, en las que se leía:

BROCHADAS.

El título no podía ser más seductor. *¡Brochadas!* Como si dijéramos: *imájenes en camisa.*

Y así es la verdad; que cosas tan mal traidas no he leído jamás. Son pensamientos sacados de la cartera. Porque, eso sí, este buen señor, se muere por poner á cada cien renglones de mala prosa, el título:

DE MI CARTERA.

¿Quieren ustedes ve algo de la cartera del señer Toba? ¿Sí? Pues allá va.

"Hay inteligencias que parecen soles, otras que parecen lámparas y por fin, otras, que tienen luz de *mechero*".

¡Buen *mechero* está el autor!

Otra verdad, sentencia ó lo que sea.

"Nadie aborrece más que el ingrato".

Otra:

"Las lágrimas del arrepentimiento aclaran la vista del alma".

Ultima:

"La mejor generosidad consiste en no pedir prestado ni trampear á nadie".

No dudo que el señor Tobar sea el autor de todas estas verdades [sobre todo de la del *mechero.*] Pero sí diré, en honor de la verdad, que antes de haberlas visto en la cartera de don Carlos, tengo como una idea vaga de haberlas leído en los almanaques que nos vienen de Nueva York. Sea de esto lo que quiera, como nadie ha de pedirle cuenta de esas cosas, tengo por mejor dejarlas correr.

También, no en la cartera, sino en el libro de que estoy hablando, y en *La Revista Literaria*, correspondiente al año de 1882, hay algo así como un artículo de costumbres, con el título; "*Déjese usted de políticas*".

No me parece muy del caso poner aquí tan infeliz artículo.

Básteles saber que el autor del Macías está muy mal imitado; porque los defectos de los hombres *francos* que critica Larra, los abulta tanto el señor Tobar, que ya no tienen cara de defectos, sino de groserías incapaces de ser cometidas en sociedad. Por ejemplo; dice Tobar:

"Don Torcuato escribe con el lápiz en la pechera de las camisas de sus interlocutores".

Esto, no sólo es inverosímil, sino absurdo.

No hay *franco* en el mundo que se atreva á tanto, ni hombre que aguante esas libertades dignas de una bofetada.

Sigue:

"Don Torcuato, cuando se digna saludar, da bastonazos, según que el cariño sea mayor" etc.

¡Está buena la franqueza! ¡dar de palos á sus conocidos!

Hasta aquí el libro "Brochadas".

Otro libro del doctor Carlos Tobar.

MAS BROCHADAS.

¡Misericordia! Este hombre no es escri-

tor, sino pintor de biombos, que brocha en mano embiste sin conciencia á los lectores.

Escribió en Quito sus "Brochadas", y como por ellas lo enviaron á España así.... como de ministro, de allá nos remitió otro libro. Mas Brochadas.

El señor Tobar, en sus adentros, diría: Si por mis primeros hisopazos me hicieron ministro, por estos ¿qué me harán? Presidente; sí, señor, y lo merece; basta que en España no hubo quien le comprese su *libro*, y tuvo que remitirlo con santa paciencia á su país.

Usted, tal vez, y esto lo creo á pié juntillas, cuando estuvo en Barcelona ó Sevilla se haría esta reflección: "Los españoles son siempre curiosos, y á las obras americanas deben mirarlas aquí como á oro en polvo ¡qué negocio voy á hacer! ¡lo menos vendo un millón de ejemplares! á tres pesetas cada uno.... ¡Tres millones! Regreso al Ecuador, compro la casa de Lasso, y me pongo capa á fin de que crean que soy ruso". Y allí estuvo vendiendo *brochas* sin encontrar comprador.

¿Qué hay de nuevo en sus "Mas Brocha das"? Nada. Cosas de la inagotable cartera

Figura allí, en primer lugar, un angelito llamado Timoleón Coloma, que se va al campo á dar un paseo con unos caballeros *muy* respetables, á la alquería de un caballero *muy* digno, que tiene una hija hermosa y pura, á la que el dichoso Coloma requiebra á hurtadillas. En esto sale el padre de la niña con botas y espuelas, para que nada le falte, y quiere hacer casar á Coloma, quien, al oír tal herejía, dá un pescozón al padre, otro á la niña, y escapa en su brioso alazán dejando á todos plantados.

Y al autor también, que queriendo echarlas de pintor de costumbres, degenera en pintor de mamarachos.

En el Ecuador no hay esos *caballeros dignos*, que venden tan vilmente la inocencia y el honor de sus hijas; es decir, no los hay en la situación que usted pinta.

Esas ventas arguyen ó extrema ambición, ó suma pobreza.

Si quiso, pues, hacer que el padre de la niña representara tan ridículo papel, aun siendo acomodado, debió pintar á Coloma como un joven superior, de inmensas riquezas y en nada igual á la niña con quien se trataba de casarle; ó de otro modo, pinte á

la familia de la alquería, familia pobre y de bajos sentimientos, y á Timolcón, hijo de padres bastante acomodados.

En estos dos casos, su cuento habría sido más pasadero; y no, señor, que usted lo pone todo al revés. La niña bastante rica, dueña de una dehesa, y Coloma un muchacho cualquiera; de donde resulta un enredo bastante absurdo; porque, vuelvo á repetirle, en nuestro país el dinero es el señor ante quien se dobla la rodilla, y el que lo tiene, antes que rogar es rogado.

Algo más diría de su *Coloma* y de su libro "Más Brochadas" ¡ Ah ! también diría algo de su linda comedia "**Quien da pan á perro ajeno....**" en la que usted, para justificar el título, pone de *pan* á una hermosa niña; de *perro*, á un mozo rico y galán, y de puntos suspensivos á los padres de la doncella y á otro semi-enamorado; resultando de todo esto una cosa bien sencilla: nada. Porque el padre, que es un ente como pocos, solo abre la boca para pedir el bastón; la madre, del mismo modo, fastidia á todos pidiendo el chocolate, barquillos, merengues y dulce de higos; la niña dice que está afónica, y el otro novio no dice nada: oye ve y calla, que es lo que usted

ha debido hacer; es decir, callar, y no dejarnos tan triste momento de su numen dramático.

¿Cómo, pues, he de seguir tratando de de cosas semejantes? No; eso seria una iniquidad.

Pero como al empezar este artículo dije también que usted es mal poeta, me permitiré darle á conocer como tal, copiando algún verso suyo.

Un día me estrujé tanto,
Con tal furia el corazón,

Así estaría de desesperado. ¿Tal vez ese día fué aquel en que palpó que sus "*Brochadas*" no se vendían?

Que ésta

¿Cuál?

Que esta, mi mano asesina,
Ensangrentada quedó.

No crean ustedes á este moderno Bruto que, como el de Roma, nos muestra alzada en alto su mano asesina.

El doctor Carlos Tobar dice muchas cosas, pero no hace ninguna.

Y, como vil carnicero,
Empapábame....

¡Qué poético es este "*empapábame*"
Y qué decente y armonioso el *vil carnicero.*

Empapábame las manos
En el sangriento licor.

Ya dijo usted arriba, señor Tobar, que su mano quedó ensangrentada, y, como no se ensangrienta ningún objeto en otra cosa que no sea sangre, me parece insulsa esa repetición de "*el sangriento licor*".

Tan insulsa como la de decir *que se empapaba las dos manos.* Bastaba con la una, y sobraba, aun siendo *carnicero*, y *vil* por añadidura.

Muerto ya, grité, bien muerto

No sólo muerto sino enterrado.

Tanto hace usted con su pobre corazón, que ni por un milagro volvería á la vida.

Pero ¡Bah! Carlos Tobar no se apura por milagro más ó menos. Como quiera que de una plumada al corazón le vuelve gato, es decir, le da siete vidas.

Mas ví al resonar mi voz
Que aun exánglle palpitaba....

Como lo dije.

Carlos Tobar es capaz de hacer levantar

á los difuntos.

¡Lástima que se haya de acabar tan pronto nuestro,.... digo, *vuestro adorado Carlos*", que así firma en la dedicatoria de su libro "Mas Brochadas". Es cosa de mover á compasión, que no haya de vivir siquiera hasta el día del juicio.

Nos podría servir á las mil maravillas para desenterrarnos.

II.

No sé á punto fijo la fecha en que don Juan Leon Mera se tiró de cabeza sobre la poesía; ni por hoy importa saber esas cosas.

Lo que sí sé positivamente, es que sus obras se están imprimiendo en Barcelona de cuenta propia.

También sé que no ha de sacar un real de todo eso. Y con razón; porque nadie querrá hacerse con un libro de poesías de don Juan Leon, entre las que, de seguor, s' hallaremos cosas como ésta:

> En otros tiempos los sublimes vates.

No tiene por qué cojerles de nuevo á mis lectores este modo tan tosco de comenzar un canto; pues, el señor Mera, siempre da principio á sus *poesías* con vulgaridades de tal jaez

> Del estro divinal arrebatados,
> Dioses y héroes contaban, en combates
> Estupendos mezclados,
> Cuyo espantoso estruendo
> Hasta el trono....

Cuidado señor Mera, que es mucha incorrección para un poeta de su talla, poner

cuatro asonantes seguidos en solos tres versos: *estupendos, estruendo, espantoso, trono.*

Si así empieza ¿qué va á dejar usted para el último?

> Hasta el trono de Jove estremecía;
> O bien de audacia llenos, impetuoso
> Raudo vuelo rompiendo

Será muy castizo *rompiendo raudo vuelo*, pero no lo he visto usado hasta ahora, por nigún buen escritor, salvo usted que no es buen escritor ni cosa que lo valga, y en cuanto al verso.... Ya lo ve, como suyo, *vuelo rompiendo.....*

Lleno de armonía,

> A las etéreas esplendentes salas
> Con ellas se encumbraban

¡Felices los sordos! Es decir, feliz el señor Mera que no siente los martillazos que descarga.

> Inclinada la frente
> Cuando la vez pieria le anunciaba
> Frenético adoraba
>
> Mas ahora la humilde musa andina
> Más noble tema á su cantar alcanza,
> Siente en el corazón llama divina

....

Su *mirada* chispea
Cual de águila caudal á la febea
Lumbre, su mano treme y se abalanza...

Dejando aun lado la multitud de asonantes con que se digna regalarnos ¿le parece á usted, señor Mera, que ha escrito en verso?

Pues no señor.

Nada, nada de todo esto es ni siquiera medio poético.

Aquí usted se ha empeñado en poner todo lo más prosaico que se le ha venido á la cabeza,

Y vea usted; por ejemplo, dice:

O bien de audacia llenos, impetuoso
Raudo vuelo rompiendo
A las etéreas esplendentes salas....

¿Qué de bueno, qué de armonioso tienen estos renglones?

¿Y éste?

Cuanto la voz pieria le anunciaba

Y eso que usted, según noto, queriendo elevarse mucho, puso que ***la mano treme y se abalanza á la lira.***

¡La humilde musa andina abalanzándose á la lira como un tigre sobre la presa!

Y sigue:

Genio de las ignotas

Altas, inmensas, mudas soledades

Cuatro epítetos á cual más infeliz, aplicados á la soledad.

Mucho mejor le habría quedado el verso, diciendo:

Genio de las ignotas soledades.

Pero sin ponerle lo que sigue; porque usted al genio le regala también su calificativo, llamándole:

Genio *anciano.*

Como si algo le importara á usted ó á nosotros, el saber que el genio es viejo, y que reinaba y que

Desde allí su dominio al continente
Tendió que el grande oceano
Y el mar de atlante en cerco inmenso guardan

¡Uy! ¡don Juan! no desenvaine así tan de improviso estas larguras.

Y *atroces* los volcanes ardan.

Nada tienen de atroces los volcanes.

Usted es el atroz que martiriza á los lectores, si es que tiene laguno, con semejan-

tes epítetos tan mal aplicados; y á sabiendas. Porque usted es reo de ese delito más; pues sólo el deseo de distinguirse y de que le tengan por el primero, le hace poner esas tonterías, que no las necesita, por su puesto, que lo que es como detestable poeta, ya pueden ver mis lectores á la altura que está por todo lo que he copiado.

Y también por esto que sigue:

SONETO

EL CIERVO.

Allá en la altura del Yahual desierta,
En compañía de su hermosa gama,

Como usted en compañía de la prosa.

Pace un ciervo las flores y la grama

El ciervo no come flores, señor Mera, ni estas se crían en los páramos.

De que la *faz del monte* está cubierta.

Allá se van usted y Numa Pompilio Llona él diciendo: ***bajo la capa del sól***, y usted la ***faz del monte.***

Ya lo han puesto; pero conste que han cometido un gran pecado; no sólo por lo malo que está todo eso, sino porque Alfredo Baquerizo que anda á caza de cosas

nuevas, nos va á salir de repente, en alguna oda, con las candelas de Júpiter, ó la pistola de Neptuno.

En fin, que haga lo qne le parezca.

Sigamos con el soneto.

¿ Qué tiene que temer ? ¿ A quién mal ha hecho ?

A nadie, el pobre ciervo. Ojalá de usted se pudiera decir otro tanto, pero no es posible; pues el prosaismo *¿ A quién mal ha hecho ?* es un verdadero mal para la poesía.

¿ Qué *ajeno* bien los dones *arrebatan*
Que natura les dió con larga mano ?

Aunque no me precio de tan buen hablista como usted, me tomaré la libertad de decirle que no se dice "*ajeno bien arrebatan*", sino *arrebata*, y es gracia que usted, que pone en la portada de su novela "Cumandá" "Por Juan L. Mera, de la Real Academia Española", no sepa una cosa tan vulgar.

También está muy mal puesto *les dió*, porque si bien es verdad que al principio del soneto sacó á relucir á la *gama*, la dejó usted tan arriba y tan poco caso la hizo, que en seguida mismo dijo : *pace un ciervo* y si quería que *les* siguiera refiriéndose á

ellos, no debía haber puesto en el verso anterior *¿ A quien mal ha hecho*, sino *han hecho ?* de otro modo está muy mal dicho todo esto.

Pom.....

Esta armonía imitativa vale un tesoro. Por lo *rara.*

Pom..*un tiro*..y el ciervo roto el pecho
Cae á no alzarse más ¿Por qué le matan ?

Para comer, señor Mera.

Para eso le matan, ó le rompen el pecho, ó *cae á no alzarse más*, como usted dice, aunque eso es bastante prosaico, así como *pom...* y el soneto entero que es bastante feo de suyo. Bien que eso de feo y prosaico nada tiene de particular en siendo usted el autor.

Todo le sale lo mismo, ya sean sonetos, ó cantos, ó confidencias; sí, *confidencias* como las que remitió usted para enriquecer la Antología Ecuatoriana, y en las que nos salió con estas cosas.

¡Oh ambateños!..sois dos..cuatro..sois pocos.

Que ni es verdad, porque la población de Ambato sube á muchos miles, ni verso tampoco. ¡Qué ! Verso menos.

Cese ya de tus penas el *invierno*

Y entremos en el verano. Después de una estación es lógico que hemos de pasar á otra.

Lo que no está bien es el *invierno de las penas*; porque esas señoras creo que no tienen estación conocida.

Pon.... á Trajano

Dígame, señor Mera, este *Pon* es el mismo del *soneto*? Entonces ¡murió Trajano!

Pon á Trajano junto á tí; á Lastenia
Siga, y Alfredo, Anibal y Eduardo;
Y que aun Alfonso y Juan Leon tu venida
Para escucharte alcanzáran aguardo.

Esto tampoco es verso. Es la enumeración completa de sus hijos, que, por lo visto, son siete. Y todavía mata ciervos con la escopeta que suena pom·····

Déjese de esas cosas, señor. Déjese de versos; porque lo que usted escribe con el nombre de poesía, para prosa es caro; como ha podido usted mismo juzgar por lo que llevo dicho, y por estos versos que á copiar voy á manera de apéndice, sin comentarios se entiende. Los creo inútiles.

LA FIESTA DE LOS MUERTOS.

Ya la luna ha tornado en que solemne
Fiesta á los muertos se hace.
De la hermana del sol cual arco argénteo
Vimos ayer la *face*

Todo es triste gemir y *llanto amargo*
Porque hoy los corazones

. . . . . .

Vamos hermanos míos, ya está abierta
Del dios la santa casa.
Llevadle miel y pan, y del cordero
La fresca y suave grasa.

CANTO A MARIA.

Mas ¿ qué podría decirte ?
Cómo expresarme cuando ansío

. . . . . .

Y este mi amor profundo
No es hoy el que ansío y tu mereces

¡Oh Virgen ab aeterno
Con toda bendición enriquecida !

Del excelso, y *omniscio*
Y omnipotente ser obra maestra

Mas que el cielo que canta
Su infinita bondad ine briado
De amor sumo y santa

Reina..Señora..Ah! nombres
No tan suaves, no tan dulces. Eres

Ya lo ve usted, señor Mera. Estas cosas son el non plus ultra de la frialdad y de la pesadez. En vano lucha, en vano se retuerce sobre el potro de la poesía; sudará sangre, pero su imaginación helada no brotará ni una flor siquiera.

Dios no le llama por el camino de los poetas. No pierda un tiempo precioso que puede aprovecharlo escribiendo en prosa; en esa prosa elegante y castiza, con la que tantas veces ha conseguido triunfos y coronas.

III.

El fecundo Leonidas Pallares Arteta dió principio á su carrera literaria por los "*Estudios sobre la mujer*" artículos sueltos que se dignó darnos como de caridad.

No diré si son ó no buenos esos primeros ensayos de Leonidas. Báste saber que en ellos decía, entre otras rarezas, que la mujer era *pozo*, *abismo*, *misterio*, *gordita*, *apetitosa*, y otras mil lindezas que le valieron cierto buen consejo que le hizo cambiar de rumbo al instante y moderar sus picarescas curiosidades de joven inocente.

Cambió de rumbo, sí, señores, y se hizo [ah !]dramaturgo, y escribió [¡misericordia!] una zarzuela en un acto y la disparó al público á quema ropa.

No puedo decir cuantos murieron con el famoso [*Cupido en canasta, que así se llama la zarzuelita*] porque no soy sepulturero; lo que sí sé es que, al otro día de haber asistido al parto de Pallares Arteta, todos los espectadores se hallaban en cama pidiendo algún calmante.

Eso sí, el autor ha sido bastante caritativo en esta ocasión; pues, conociendo el

mal que hacían sus *cupidos*, se dejó también de ellos y entró de lleno en la poesía, y escribió *doloras* á lo Campoamor, y *rimas* á lo Juan de Dios Peza; largas, pero no apasionadas ni buenas como las del cantor mejicano, sino llenas de atrocidades y de otras cosas.

Aquí vienen:

RIMAS.

Abre la aurora sus azules ojos
Y de luz resplandecen en manojos.
Sus doradas pestañas.

¡Qué pestañas ni qué alforjas, señor don Leonidas! La aurora no tiene esas cosas, ni menos las pestañas pueden resplandecer en manojos de luz.

¡Buen manojo de *rimas* está usted!

Un *enjambre* de estrellas *inocente*
Juega en el *fondo azul* de la *laguna*

Esta es otra.

Enjambre inocente. ¿Cómo sabe usted que el enjambre de estrellas es inocente? ¿Será también candoroso? ¿recibe por correo *subfluvial* esas noticias? Diría correo *celeste* si usted pusiera á las *inocentes es-*

trellas en el cielo donde me parece que están; pero como las pone en el fondo azul de la laguna....que es como si yo pusiera la razón en su cabeza.

> Y la noche estival *cubre mi frente*
> *Con un velo de rayos de la luna.*
> *Que el rocío en blanquecinos rastros*
> Al entreabierto cáliz de las flores

No sé cómo calificar estos absurdos de Pallares Arteta. No encuentro palabras, y me siento como abrumado bajo el peso del tremendo disparate de que *la noche cubre la frente con un velo de rayos.*

Estas cosas que no se llaman atrevimientos poéticos, sino delirios de una imaginación enferma.

La luna no cubre; alumbra, colora, rasga el velo de las sombras, pero no tapa. ¿Ha oído decir alguna vez que *el sol con su luz tapó los montes?* ¿ha oido decir nuuca, *los rayos de la noche?*

Y luego; aunque todo eso estuviera bien dicho ¿por qué ese vele sólo alcanza á cubrir su frente? ¿Son los rayos de la luna tan *pequeños* que no alcanzan á *tapar* el resto de su *bulto*? ¿ó es que, mientras usted camina con el cuerpo *descubierto*, sólo

su *elevada* frente recoje esos rayos, para ceñírselos como una cinta? ¡Se tapa la frente! sin duda para que no la moje el rocío *que cae en rastros!* ¡Pobre hombre! Lo que está diciendo es una necedad. *Rastro* quiere decir *señal*, y el rocío no puede caer en señales. Una cosa que todavía no existe, como el rocío que está en el aire, no puede tener rastros, ni dejarlos tampoco sobre las flores ó sobre lo que el poeta quiera.

Al entreabierto cáliz de la flores,
Cual luminoso llanto de los astros

Por lo visto, el señor Arteta muda de ideas como el ratón de pelo. Ya dijo en el verso anterior, que el rocío era *blanquecino*; y ahora, como si eso no fuera bastante, dice que es *luminoso llanto*, ó que se parece, que es peor todavía. Los astros no lloran ¿cuándo ha visto usted lágrimas luminosas, ni negras, ni verdes derramadas por los astros?

¡Qué tal empeño el suyo de poner á cada sustantivo una atrocidad!

En ideales diálogos de amores.

Conforme son los epítetos es el verso; em-

pinado y agrio, y capaz de romper los oídos del ex mini-tro Núñez, y eso que los tiene tapados á piedra y lodo.

Hay un desierto inmenso y aterido
A do las almas huérfanas se van

A pasearse ó á morirse de frío; esto es si se van, que no lo creo ¿ A qué se han de ir las almas huérfanas? Este huérfano es más serio de lo que parece. Huérfanas de quién? ¿ del Padre? No; porque eso sería una blasfemia espantosa. Dios siempre existe, y Dios es el único Padre de las almas.

Voy con la luna platicando á solas

Platique cuanto quiera. Los locos siempre hacen sus cosas á solas.

Oyendo los conciertos de los nidos.

¿ No lo dije? loco está.

¡ *Los conciertos de los nidos!* Como si dijéramos: los cantares del colchón ó la música de la almohada. Mejor, mucho mejor le habría estado decir: *la música de Guagraocote.* Esa, por lo menos, existe.

O la de usted, don Leonidas, que es inmejorable; como veo en su dolora "*El lenguaje de la música*".

Del *tambor* al ronco son

Todo asonantado.

Que tristemente resuena,
De rumor el aire llena
Y de angustia el corazón.
Tron, tron, tron.

No ve usted? Esta es una música muy buena ¡admirable! capaz de despechar á los mismos diablos.

Llenos de intranquilo afán

Afán quiere decir desasosiego, ansiedad, ó solicitud congojosa; de manera que la cualidad de *intranquilo*, que usted le pone al afán, viene á ser aquí, no una simpleza, sino una barbaridad.

Cabizbajos y callados,
De la aldea los soldados
Marchando á la guerra van
Tran, tran, tran.

¡Ah! Esta es la segunda parte de la ópera "Pallares Arteta" *tran trun*. Esto me suena un aldabonazo dado á la puerta de San Francisco.

Y en su desesperación

¡Y qué prosaico y pesado es el tal verso!

Y en su desesperación
Escucha siempre María,
Cargas de fusilería

Descargas se dice aquí, señor Arteta. Su María no ha de oír el ruido que pudieran hacer la pólvora y la bala al entrar en los fusiles, sino los di-paros; y á esto en castellano se llama ***descarga.***

Y estampidos de cañón
Trin tran tron (Bululún, plin.

Tercera parte; trin, tran, tron.

¿Cuántos años estudió usted música, señor Pallares Arteta? porque le digo á usted, sin adulación ninguna, que lo hace muy mal, y si sigue con el mismo *intranquilo afán*, remedando las *cargas* de fusilería, no pierdo la esperanza de verle algún día....

Ya sabe usted donde.

Entre los locos y platicando con la luna.

IV.

¿Será poeta Numa Pompilio Llona? Es y fecundo, muy fecundo.

Echa versos hasta por los codos (sin contar los sonetos, que los hace ciento á ciento).

¿Se enferma un amigo suyo? Numa Pompilio le envía, á manera de medicina, un soneto. ¿Se muere? Pues le manda dos, como para que le entierren.

Si sale de Guayaquil, sale disparando sonetos; si ve un burro en el camino, le introduce también un soneto, y si ve, casi siempre le sucede, á alguna serrana que sestea á la sombra de los capulíes, entonces, pobrecita, le embute diez.

Llegó el aniversario de Rocafuerte, y el señor Llona que es muy político, despachó un soneto á la Municipalidad que hacía el gasto de la fiesta, otro al gobernador de la ciudad; tres al pueblo y cuatro á las musas; porque, eso sí, el señor Llona es muy devoto de esas deidades (en cambio no se acuerda jamás de que es cristiano), y cinco á Rocafuerte, que debió dar en su tumba grandes suspiros de consuelo, al ver que el obligado vate le había dispa-

rado sólo cinco cañonazos poéticos.

Fué en esto más afortunado que la juventud ecuatoriana, á la que, Numa Pompilio, descargó ciento; como diciendo: "Tomen para que no me pidan más", y un "*Canto á la vida*" que más parece á la muerte ó á la desesperación, cuando menos, como pueden ver ustedes por estas octavas.

¡ Astros llorad, llorad, llorad planetas.

Bonito modo de empezar. ***Astros llorad, llorad, llorad!***

Se lee en la vida de algunos santos, que, cuando se veían tentados por el demonio, repetían con mucho fervor, como única medicina, tantas veces el nombre de Jesús, cuantos eran los instantes que duraba la tentación. Esto sin duda leyó Numa Pompilio en San Agustín, y se dijo para sus adentros. Cuando un Santo Padre dice que es tan eficaz la repetición, buena será, y no he de quedar yo atrás por tan poca cosa; y, sin dar punto á la reflexión, sacó esos tres! *llorad, llorad, llorad!* como para quitarnos la tentación de seguir adelante en sus poesías. No ha tenido mala idea; pero conste que no me ha hecho efecto.

¡Astros llorad, llorad, llorad planetas.

Y por qué han de llorar señor Llona ?

Sobre el gran duelo del destino humano.

¿Cuál es el destino de la humanidad, mejor dicho, del hombre? El más zurdo contestaría: Vivir sobre la tierra haciendo méritos para subir al cielo, donde tiene Dios preparada nuestra mansión. ¿Y es este destino tan grande, tan magnífico, por el que deben llorar los astros sin consuelo? Para decir esto es preciso llevar las barbas sobre el hombro.

Dicen al corazón voces secretas
Que es vuestro sér de nuestro sér hermano.

Yo creo, sin querer por eso desmentirle, que los hombres no tienen parentesco ninguno con los planetas.

Vuestras vidas también están sujetas
A un oculto poder duro y tirano.

Lo primero que se me ocurre es preguntar al señor Llona ¿qué gusto halla en decir tales blasfemias? ¿es usted cristiano ó hereje?

Las ***vidas de los astros están también***

sujetas, como las nuestras, á un poder tiránico; es decir, al poder de Dios que les ordenó girar eternamente en su órbita celeste. ¿Le parece á usted poder tiránico, mandar al sol que le alumbre y le caliente, á las estrellas que deleiten su mirada; á la luna que cruce el firmamento, alumbrando con sus plácidos resplandores las tinieblas de la noche?

> Por que á todos nos hizo dsgraciados
> El poder misterioso de los hados.

Aquí vuelvo á mudar de opinión considerando que, si bien es verdad que hace diez y nueve siglos que vino Jesucristo á redimir el mundo, el señor Llona no lo ha sabido, ó no se cuenta entre los redimidos; pues nos viene hablando de los *hados* como un gentil; de donde, cristianamente, deduzco que el señor Llona tiene algo de griego, y que, como contemporáneo de Ulises, ofrece todavía culto á Venus afrodita y á las Bacantes del Citerón.

> Si es poderoso, El nos dará ayuda

¡Miren ustedes que *si* tan condicional y tan fuera de tiempo!. ¡Poner en duda el

duda el poder de Dios !....

Si, cual nosotros, sin ventura gime
Nos dirá su desgracia acerba y ruda.

¿Para remitirle también algún soneto?
¡Qué ideas tan negras! ¡Y tan dignas! de lástima!

Pero dejemos á un lado el famoso "*Canto á la vida*" no porque no tenga muchos más defectos, sino por el disgusto que siento, y que, probablemente, sentirán también mis lectores, al leer las metafísicas blasfemias de nuestro griego vate; y, como versos tiene en cantidad suficiente, demos una ojeada á su otro canto: "*La odisea del alma*" canto que nos hará confesar, á despecho nuestro, que, verdaderamente, Numa Pompilio es hermano de Apolo, y no el mejor de los poetas americanos ó italianos, como modestamente dice Juan Abel Echeverría al hablar de este genio. Ya se ve, D. Juan Abel Echeverría es sobrino de Llona, y mal sobrino, lo aseguro, porque si Numa Pompilio fuera mi tío, no sólo diría eso, sino que es cuñado de Homero.

ODISEA DEL ALMA.

Fracmento

Es de advertir que todas las poesías de este señor, que he visto en distintas partes, se hallan en fracmentos; por lo que voy creyendo que también Llona es un fracmento de poeta.

Odisea del alma.

Pero no, ¿ qué vamos á hallar de bueno en este otro fracmento ? "*La odisea del alma*" es el canto del orgullo, en el que, Numa Pompilio, dice que tiene una extraña embriaguez.

> Y á su influjo mi ser tiembla y suspira,
> Cual suspensa de un sauce en el ramaje
> Murmura al viento una templada lira.
> *Mentira.*

La lira no produce melodías ni cosa que lo valga, sólo porque el viento la acaricia.

> Campo: del triunfo preparad la copa
> Para el joven cantor americano

Esta es otra mentira; porque Llona puede ser abuelo de todos los poetas americanos.

Porque él (Llona)

Porque él en medio á la *apiñada tropa*
De los insignes vates de la Europa

Como si los genios que viven más allá de los mares, fueran una manada de ovejas que se apiñan y estrujan, y en las que va á entrar Llona copa en mano.

¿Y he de citar cosas así? No: vale más descender de esta como escalera de Pilatos, y entrar de lleno en su jardín, el del poeta, ó en sus sonetos, que es lo mismo.

Ante la estatua de Simón Bolívar.

SONETO.

Detenido en mitad de su carrera,
Tesa la brida, inerte el acicate;
Esa sombra del genio del combate,
Allí, en inmóvil actitud, qué espera?

¿Qué ha de esperar? Nada. Es una estatua de bronce, incapaz de todo, y hace muy mal usted en dirigirle la palabra, porque no le ha de contestar. Aunque éste no es un obstáculo capaz de detener á usted, que, en su afán de filosofar, ya que la estatua permanece muda, como es natural, empieza usted á adivinar lo que espera.

¿Otra alma de la suya compañera?

Muy bien. La estatua de Bolívar, alzada en una de las plazas de Guayaquil, tiene

alma; con decir esto lo ha dicho todo, y espera otra alma compañera. Tal vez la del mismo señor Llona.

¿Quién sabe....

Eso mismo digo yo. ¿Quién sabe?

.....si otra vez suelta la rienda
El Ande *escalará* con alto grito,
Subiendo el ótro por contraria senda.

Yo no sé, señor Llona, si usted efectivamente tiene duda sobre lo que hará más tarde la estatua de Simón Bolivar; lo que sí le aseguro es que su duda es bien original, por no decir otra cosa, y tan fuera de propósito, como el resto de esa fantasía ó soneto; porque ya que usted se atreve á esperar que la estatua del Libertador se animará algún día, no la haga, por lo menos, animarse tan sólo para que suba, trepe, no *escale* el Ande con *alto grito*. ¿Qué le importan á usted los gritos fuertes? ¿qué papel hacen? ¿qué nueva gloria le va á venir á Bolívar con ponerse á gritar sobre el Ande como un loco?

¿Y es usted el mejor poeta americano, con todo esto? Bah? Allá entre familia puede decir así su sobrino, el señor Juan Abel Echeverría. Por mí....no lo creo.

V.

Don Juan Abel Echeverría.

Es buen poeta.

Tan bueno como su tío Numa Pompilio, pero (en los peros está el quid), así como el señor Llona no puede hacer un verso, sin sin decir cuatro blasfemias, el señor Echeverría no se contenta jamás de sus poesías, si en ellas no figura él, personalmente, pero no con su propio pellejo, sino disfrazado de solitario ó pobre. Y, cosa rara, cuando se pinta en tan peregrino estado, es seguro que sus versos salen bastante sosos.

Escribió por los años de 1886, una bellísima poesía, "A la luna", desgraciadamente allí sólo hablaba del astro de la noche, razón por la que olvidó esa producción de tal modo, que, cuando le pidieron algunas de sus poesías para enriquecer la Antología Ecuatoriana, se contentó con dar "*El solitario*", que es una de las que menos valor poético tienen.

Dice así:

Dejad, dejad, amigos venturosos,
Dejad al solitario:
Ageno á los placeres bulliciosos,
Mi pecho es un santuario.

Poco á poco, señor Echeverría. No cambie los frenos tan pronto y en una cosa tan sencilla, llamando á sus amigos venturosos; no señor, el feliz es usted *cuyo pecho es un santuario.*

Idos vosotros á segar las flores
De la risueña vida;
Yo no puedo llevar ¡ay! mis dolores
A do el reir convida.

Tampoco está bien esta segunda estrofa. La vida no siempre es risueña para todos, ni tiene muchas flores que digamos; y hace usted muy mal en afirmar de un modo tan absoluto una cosa que no en todas sus partes es verdadera.

Si alguna vez, con egoísmo santo
Escondo mi desdicha,
Y entre vosotros río, bailo y canto
Plagiando ajena dicha;

Aquí acabó usted de rematarse. ¡Pobre señor Echeverría! Eso tiene meterse á Solitario, y decir que tiene *santuarios*, y que habla con los ángeles, y que llora, porque todo eso dice usted en los versos siguientes, para no acertar después ni con sus amigos ni con usted. Con sus amigos, porque les

dice que les dejen en paz y se vayan; pues no puede el *solitario* llevar sus dolores al lugar donde ellos gozan; y con usted, por la misma razón; porque si no pudo llevar sus dolores y dijo ¡ay! al verse impotente para eso, no sé cómo, ahora, con *egoísmo santo*, escondiendo su desdicha, se pone á bailar y á cantar: *canto plagiando.*

¡Bonito solitario está usted con todas esas cosas!

Dejad al solitario!—De sus rosas
Quedaron sólo espinas:
Marchitadas cayeron sus hermosas
Ilusiones divinas

¿Qué haría hoy en medio á los festines
Cadáver insepulto?
Para la vida son esos jardines
Dó el placer tiene oculto.

Puesta en tierra la trémula rodilla,
Puesta el alma en la altura;
Humedece su pálida mejilla
De amor lágrima pura.

Un ángel la recoje compasivo,
El ángel del que ora,
Y derrama en el seno el lenitivo
Que da Dios al que llora.

Invisibles los genios del olvido
Róbanle á la materia,

Y, en éxtasis sublime embebecido
Olvida su miseria.

Dejad al solitario, de sus rosas
Quedaron sólo espinas;
Pero entre ellas florecen venturosas
Ilusiones divinas

En estos versos, señor Echeverría, más que cristiano se muestra usted impío, ó libre pensador, cuando menos. Si usted llora de amor, y vienen los ángeles á recoger sus lágrimas, y ha llegado al último grado de la virtud humana, esto es, hasta tener éxtasis sublimes, es natural que no se acuerde ya del mundo, y menos que se queje de sus dolores, y diga que, en la *vida de virtud que ahora lleva*, sólo tiene *espinas*, y llame *ilusiones divinas* á los placeres del mundo. No señor; eso es absurdo.

Salomón en el Cantar de los Cantares, dice, hablando de Dios:

"Tus amores son mejores que el vino y más olorosos que los perfumes" [C. 1 v. 2.] Y en el (C. 2. v. 4.) Vuelve á decir: "Metióme en la bodega de su vino, y extendió sobre mí el estandarte de su amor caritativo". Dando á entender con esto, según la interpretación de San Alfonso de Ligorio, que el alma que posee á Dios, mira con

desprecio las cosas del mundo, huye de ellas, y sólo busca en su Amado la embriaguez y los perfumes del amor y la alegría; es decir, no se queja, sino se alegra de haber roto los lazos de la tierra para remontarse al cielo. Que es precisamente lo que usted hace, es decir, hace el que se remonta al cielo, pero sin romper con el mundo; como lo prueban sus mal acomodados versos, en los que, á más de las faltas señaladas, tiene muchos prosaísmos como éste.

¿Qué haría hoy en medio á los festines?

Y descuidos como este que sigue:

Para la vida son esos jardines.

En donde usted se descuelga lastimosamente, diciendo que los festines son jardines para la vida. ¡La fuerza del consonante!

Pero mis lectores dirán, y con razón, que no sólo "El Solitario" ha escrito don Juan Abel, y por mi vida que dirán la verdad. El señor Echeverría ha escrito mucho, y es justo dar á conocer alguna otra de sus producciones; la mejor, según el título, porque se titula.

A MARIA.

Dios te salve Reina y Madre.

Conste, señor Echeverría, que esto no es verso. Esto es empezar á recitar la salve

Madre de Dios y el hombre,
Misericordiosa hija del Padre,
Caute mi labio tu celeste nombre.

Este tampoco es verso; pero ni siquiera buena prosa, es....¿qué quiere usted que sea? ¿Le parece muy castizo "Cante mi labio tu celeste nombre"? A mí no; y si he de decir francamente mi opinión, le diré á usted que ha echado á perder en sus versos, una de las más tiernas oraciones de la Iglesia.

Sigue:

¡*Fuente* de la esperanza!
A tus *plantas* depone su amargura
Esta alma que en tí puso su confianza.

¿Y por qué no continuo la metáfora?

Si no tuviera á la vista "La Revista Literaria" del año 1881, que es donde he hallado estos versos, no creería que usted, al

tratar un asunto tan poético de suyo, escribiera con tanto desaliño. ¿Será que, como los leones padece usted de cuartana, ó de alguna otra enfermedad que le pone fuera de quicio, haciéndole hermano ó rival de Angel Polibio Chaves? Pero, no; no quiero hacerle esa injuria, porque, si es cierto que usted tiene á veces enormes defectos y prosaismos, no los creo hijos de la falta de instrucción, sino del poco cuidado y del nigún caso que usted hace de su reputación literaria; al paso que, Polibio Chaves, si no está loco, poco le falta para estarlo. Lo que es la fisonomía ya lo demuestra. Y sus versos lo afirman, sobre todo cierto soneto que en el cumpleaños del señor doctor Luis Cordero, Presidente de la República, tuvo la desfachatez de enviarle impreso, y que no sé de qué talante recibiría S. E. el regalito; pues, entre otras galanterías, como la de decirle que era *rugiente*, le comparaba con los animales, diciéndole: "*eres* leon *pero manso como tu apellido*". ¿No ve usted? don Polibio dice que hay apellidos mansos.

Retiro, pues, mis palabras, señor Echeverría, y le dejo sus defectos. Por otra parte bastante disculpables en un poeta que,

como usted, con machos y delicados versos ha sabido grangearse un honroso puesto en el campo de las letras. Ojalá sepa conservarlo, dando á todas sus poesías el vigor, dulzura y limpieza que han menester.

¡Ah! seme olvidaba:

No queme tanto incienso en aras de su tío Numa Pompilio, porque eso es gastar polvora en gallinazos. Su tío no vale ni la mitad de lo que valen Cordero y Sánchez, como se lo probaré á Ud. cuando se publique la segunda serie de nuestros poetas.

VII.

Antonio Flores Jijón.

He aquí uno de nuestros más castizos escritores en prosa, cuyas obras han sido elogiadas, con justicia, en ambos mundos. No obstante, como si ese sólo honor no le bastara al distinguido señor Flores, los autores de la "Antología Ecuatoriana" que vió la luz pública en 1892, creyendo hacerle subir hasta el pináculo de la gloria, publicaron algunos de los ensayos poéticos de este escritor, sin comprender que es enorme la distancia que media entre la prosa y la poesía del señor Flores; y no, dar á conocer sus versos, era hacerle desmerecer altamente. ¿Quién que lea, por ejemplo, los versos "*A mi esposa en la agonía*" y "*Si Fuera*"... es capaz de suponer que la pluma que trazó esos renglones es la que escribió la magnífica obra "El *Mariscal de Ayacucho*?" Escritor el elegante y de gran talento, el doctor Flores figura en primera línea entre nosotros y como poeta en la última, como fácilmente se puede ver en las composiciones que cito.

A MI ESPOSA EN LA AGONIA.

Allí yacía....la oblación postrera
En silencio tristísimo principia....
Trémulos todos, reprimiendo el llanto
Por su vida ofrecemos nuestra vida,

La oblación postrera....¿Quién hacía esa oblación?

Su esposa no la podía hacer, porque no moría voluntariamente y usted tampoco.

Y yo muy más, la de las caras prendas
De nuestro amor, á nuestras propias hijas.

Aquí muestra usted un corazón amante que, por salvar á su esposa adorada, ofrece la vida de sus propias hijas. Esto no está malo, es decir, su deseo; que el modo de expresarlo no puede ser peor. *A nuestras propias hijas.* Claro, no habría usted de ir á ofrecer las niñas del vecino. A demás, "*caras prendas de nuestro amor*", se toma generalmente en el sentido de hijos, de modo que, aquí, la repetición es enfadosa y sienta tan mal como puede sentar una pedrada en los dientes del ya vetusto Francisco Valdéz, y eso que merecida la tiene; tanto por haberse metido á poeta, como por

haber hecho sus poesías en francés, esto es, en un idioma que menos entiende.

¡Encumbra el vuelo martir generosa!
Que tras corona de punzante espina,
Viene el Tabor de gloria refulgente,
A quien en Dios y en su bondad confía.

Vea usted, señor doctor, lo que tiene querer hacer versos, cuando, aunque rebose el corazón de dolor, falta inspiración. A lo mejor salen cuartetas como esta última, llena de hielo y epítetos inútiles traídos á la fuerza para completar el verso. La espina siempre es punzante y no había necesidad de dicírnoslo, así como también bastaba decir "Tabor" para comprender el resto, sin necesidad de la repetición *de gloria* refulgente", que es como decir: *alba blancura.*

En la situación que usted se pinta, era de esparar algo nuevo, algo grande que en sus versos no le hay; porque nada tiene de bueno eso de decir:

Encumbra el vuelo mártir generosa

ni poner en seguida

"Nada turbaba su conciencia pura"

y una nota al pié — "*Son palabras de su*

confesor; porque si bien esa pureza de conciencia honró á su difunta esposa, no parece un asunto tan de familia, que hubiera sido mejor callárlo, y no escribir nada á fin de no caer en faltas tan garrafales como ésta, cuando ve muerto el objeto de su amor y lo compara con María, diciendo:

En mi estupor profundo ¡oh dulce Virgen!
Tu sacra imagen se ofreció á mi vista

Esta es una irreverencia de muy mal gusto; porque no hay mujer, por más que la adornen la hermosura y la pureza, que sea digna de ser comparada con la Reina de los cielos; así como no hay hombre alguno en el mundo que se pueda comparar con nuestro Señor Jesucristo; y digo esto, porque no sólo usted es el que ha caido en esta falta, sino también cierto sacerdote, que al relatar cómo estuvo preso y maniatado por los indígenas del Oriente, dice: "En aquella noche se me vino á la memoria que así debió haber estado Jesús en poder de los judíos". Esto no sólo es una grande irreverencia, sinó una muestra de satánico orgullo, pues, ni humanamente hablando, puede hallarse un hombre tan justo, tan manso y tan inocente que haya pa-

decido los horribles martirios del Hijo de Dios.

También tiene usted, señor doctor, otra falta, no de reverencia, sino contra la gramática, cuando dice:

No sucumbir á mi penar intenso
Y pelear *las* batallas etc.

Las batallas no *se pelean*; se pelea en las batallas, y decir lo contrario, siempre es un defecto, tanto más notable en sus versos, cuanto que no está siquiera disimulado por la armoniosa facilidad del poeta.

Otra de sus composiciones, si no más fría que la anterior, más cargada de epítetos y falta de gracia, es la que apareció, hace algunos años, en algún periódico de la Capital, con el título de "*Si fuera*".....

Dice así:

Si fuera la alondra que anuncia á las bellas
El alba hechicera y el grato verano,
Cantara á tus rejas con trino galano,
Mis crueles afanes, mis tristes querellas.

Alabo su gusto, señor Flores, quiere hacerse alondra, y alondra que anuncia á las bellas el verano. No había sabido que esas aves tenían la cualidad de anunciar a esta-

VII.

Nicolás Augusto González es el primer dramaturgo del Ecuador, el mejor poeta, el mejor.....

Así dicen los habitantes de las playas

"Que manso lame el caudaloso Gayas".

Pero quién hace caso de los *lamidos*, cuando es sabido que en tratándose de cualquier escritor que sea medio hereje, y que hable lo mismo de Sócrates que de nuestro señor Jesucristo, son capaces de ponerlo en los cuernos de la luna (1)

Por mí, creo que González es un .... Ya verán ustedes lo que es.

"Querida hermana mía":

"Ha llegado el momento en que debo *tratarte* una de las más importantes cuestiones".

Así empieza Nicolás Augusto su carta sexta, publicada en "El siglo XIX".

¿Y qué asunto tan importante les parece á ustedes que va á tratar este señor? Ahí

(1) No es el intento del autor hablar de los hijos de Gnayaquil en general, á quienes respeta y estima, sino de los partidarios de González en particular.

es nada. Va á tratar de la mujer, y para ello se remonta á la época del nacimiento del cristianismo.

"Pero llegó la hora en que los tronos temblaron á la elocuencia inspirada de un hombre, de un desconocido que hablaba á las *turbas de sus derechos*. Venía ese *aventurero* á reformar la sociedad que se hundía en sus horrores".

¡Hombre, González! Dios un *aventurero*! El aventurero será usted, que en su vida de liberal siguió primero á Veintemilla para venderle más tarde por Eloy Alfaro, á quien siguió á Méjico, Nicarahua, Colombia y, últimamente, al Perú, en pos, no de sus opiniones, sino de algunas monedas. Pero esto no hace al caso, porque no es mi intento sacar á luz sus harapos liberales, con los que puede engalanarse cuando le plazca, á buen seguro que nadie se los envidiará. Y vamos adelante en las necedades con que usted ensució las columnas de "El Siglo XIX" bien negras de suyo, tanto por el plan que se propuso su fundador, como por la ignorancia de sus redactores.

Siga usted.

"Pero la obra quedó á medias, porque "la doctrina democrática que reinvindica-

cosa por demás sabida, concluyendo al fin el soneto, por la calle del medio, esto es, por donde menos se esperaba; como que concluye.

Hoy la patria, cantando agradecida,
Aclama á Sucre en la gloriosa Quito.

Sin saber porqué entraron á rellenar los catorce versos, el Pichincha, Berruecos, el Tabor y Nicolás Augusto. Ninguno hacía falta, sobre todo usted, insigne autor de muchos dramas de mala muerte, de los que me ocuparé en otra parte, que, cuando quiere hacerse el poeta dolorido y amante, le salen tonterías como estas:

Pura como los lirios que en la noche
Abren su cáliz.....

Así: pura como los lirios que se abren de noche, porque los que se abren de día no son muy puros.

Abren su cáliz al *ardiente* beso.

Del sol?-Es del único que se puede decir eso de *beso ardiente*. Pero no, si no hay sol de noche, el beso....; quién lo dará?

Al *ardiente beso de la brisa fugaz*

Hombre! no diga usted disparates. Beso ardiente, y de la *brisa*, y de noche que es lo peor, es decir, cuando más frío hace.

.....
Bella como los sueños del poeta,
Funtástica ilusión de mi deseo

Este último es un buen verso, desgraciadamente no es suyo, sino de Campoamor.

Era ayer....

Cuando usted copiaba esas cosas? Bueno, pero hoy no vuelva á hacerlo.

Un buen consejo para concluir, señor don Augusto.

¿Por qué no escribe así cortito como su paisano Rafael María Mata? Porque usted cansa y desespera con sus larguras, al paso que, Rafaelito, el apóstol liberal, sale siempre del paso con una plumada. Dice, por ejemplo, "*Cuand méme*" y se queda muy frescote el redactor de "La Tribuna", creyendo que ha dicho un discurso entero, y que sabe mucho francés, y que es un político consumado, porque su tema es la política, y la poesía, aunque en este oficio es un poco más simple que usted, y lo pruebo para que se consuele.

Por mandato de Júpiter un día

¡Ah! Se me olvidaba decir que estos versos son dedicados á una mujer, á la que Mata, sale hablándole de Júpiter como entre gallos y media noche.

Por mandato de Júpiter un día
Se vió aherrojado Prometeo,
Abiertas sus entrañas por los buitres....

Sí; ponga cuantos buitres le dé la gana; no por eso han de salir mejores sus versos.

Se retorcía en vano y en la roca
En vano reclinaba la cabeza.

Como se retuerce usted sin hallar nada de nuevo ni de verdadero.

Así mi corazón dentro del pecho
Aprisionado está por el *destino*

Y por el disparate.

Y en vano busca en el amor su roca,
Pues siempre sufre y le atormentan siempre

Rafaelito, estos dos últimos versos están mal *fechos*, como dice don Honorato Vázquez.

Prometeo no tuvo alivio en su peñasco; y hace usted muy mal en poner semejante

comparación.

Y en decir que el corazón está aprisionado dentro del pecho, porque ese es su lugar natural ¿En donde quería usted ponerme al pobre corazón? Por lo menos en el pescuezo. Es usted tan....así....que no sería extraño verle con esos deseos.

¿Vé usted, Nicolás, lo que es su amigote Rafael María? Ve usted cómo no sabe ni siquiera un poco de mitología?

"Y saldrá otra vez diciendo en su Tribuna".

¡*Cuand méme.*

¡Qué Mata!

¡Y qué González!

VIII.

Juan Illingworth y Alfredo Baquerizo.

¡Illingworth! Este parece el apellido de nn alemán, pero no hay tal, es el de un ecuatoriano hijo de la ciudad de Guayaquil.

Cuentan de este señor, que habiendo querido imitar el acento inglés en un baile de máscaras, en el que hacía de rico lord, á la usual pregunta: ¿Con quién tengo el honor de hablar? que le dirigió una serrana; contestó muy formal: Al *Cagalero* Illingworth. Creyendo, sin duda, que los ingleses decían *cagaleros* á los caballeros.

Pero no está el pecado de Illingworth en haberse hecho inglés, sino poeta.

Afortunadamente, en sus poesías, ya sea por falta de genio, de palabras, ó porque sabe, por experiencia, que sus versos son una medicina mortal; jamás se alarga mucho, contentándose con administrarlos á dosis homeopáticas, esto es, por cuartetas, autorizando invariablemente, cada una, con su delicioso apellido.

Prueba al canto.

EN TU DIA.

Para cantar la inspiración que siento
Necesito ser algo como tú;
Tener para escribir mi pensamiento
Una pluma del ala del querub.

Illingworth.

¡Qué atrocidad! Y dicha á una mujer, y en letras de molde....¡Ah, Illingworth! Y qué pesado está usted con su semi-galantería de necesitar ser algo como la mujer á la que dedica esa cuarteta, pobrecita, para cantarla inspiración que siente. ¿Usted inspiración? Eso es mentira; ni la necesita para sus medicinas. Ellas se bastan....

Tener para escribir mi pensamiento
Una pluma del ala del querub.

Para escribir su pensamiento sobra un garrote, ó la pluma de un ganso; pero no las *del querub*, porque no las tiene. Los querubines son inmateriales, y aunque no lo fueran, creo que no consentirían en verse despojados de sus plumas por un caballero como usted, que, no contento con asesinar á la infortunada joven, ó lo que sea, á quien remitió esos cuatro renglones, se puso en

una poesía á cantar dormido, y le salió ésto.

Célico són de los suspiros leves....

¿Entienden ustedes esos sones célicos de los suspiros leves? Pues creo que el autor tampoco los entiende.

Que hermosa virgen por amor exhala,
Canciones con que el ave nos regala
Al irse á recojer.

Cuando yo leí por primera vez estos sueños, dije para mí ¿si serán de Rañón? Porque es el único que tiene carta blanca para escribir esas tonterías. Y con razón. El pobrecito es loco rematado, y cuál sería mi asombro al ver que no era precisamente Rañón el autor de esta farándula, sino un caballero *joven* y *muy estudioso*, como él dice de sí, y peor que el loco citado; porque á éste, á pesar de tener el seso en Belén, se le entiende, por lo menos, y á Illingworth, no.

Por ejemplo; dice Rañón:

Dios es la lumbre, el consuelo, él la vida,
Él la esperanza de la mansión querida.

No son versos, claro está; pero á despecho de todo, se adivina, por lo menos, el pen-

samiento del autor; al paso que en los suyos, caballero Illingworth, no se adivina nada, porque nada hay. Ni siquiera sentido común, menos poesía.

¡Poesía! Qué poesía ha de ser ésto.

Murmullo halagador de *limpia* fuente,
Susurro de las brisas estivales,
Cuando lanza sus rayos *verticales*

Sobre la tierra el sol
.....
.....
Coloquios ignorados de las flores
Conocidos del céfiro *tan sólo*,
En que amorosas su *pasión*, *sin dolo*,
Se *llegan á decir*.

.....
¡El ángel de mi amor!—cándida, *suave*,
Linda paloma de los *ojos bellos!*
Ah! *como me mirara un punto en ellos*,
Con amante inquietud.

Y sin dolo; porque usted creo que no sabe ni eso.

Claro; usted no sabe ni engañar. ¿A quién va á engañar con esas majaderías de los *coloquios de las flores* y de la *mujer suave*; (qué suavidad la suya!) que es linda paloma con *ojos bellos*, que no lo creo, dicho sea esto entre nosotros, cuando se ha enamora

do de usted y ha consentido en figurar en sus *poesías*, no ha de ser cosa buena; no, señor. Tal para cual.

Pero, no; es probable que usted, como destornillado que es, se haya enamorado de alguna joven que no sabe siquiera que usted existe, cuando no puede mirarse un punto en sus ojos, y se contenta con lanzarle algunas poesías *verticales*, como los rayos del sol, y quiere ser

Suspiros misteriosos,
Canto de selva, quejas de los vientos

y cabeza de chocolatera.

Para que nada falte por desear, y salga el cuento, ó el verso, que algún nombre le he de dar, con todas esas atrocidades, peor de lo que ha salido, si eso puede suceder.

.....¡Mas para qué Dios mío?

he de querer ser todas esas cosas.

Si nadie como yo....

es capaz de hacer versos tan descuadernados

Si nadie como yo, dulce,

Usted dulce?, uf, no señor. Amargo,

más amargo que el esternón del diablo, á quien se parece en muchas cosas.

En lo de no hacer nada bueno, por ejemplo.

Alfredo Baquerizo no se precia de inglés como su compañero, ni pide plumas *del querub*, pero hace versos tan malos como Illingworth, y no fabricados en Guayaquil, lugar de su nacimiento, sino en la pintoresca Cuba. Porque, Alfredo, cuando se siente inspirado, que es como si dijéramos: cuando amanece con calentura, toma el vapor y.... á Cuba, á cantar á las lindas cubanas, pero de un modo.... Y en sueños que es lo peor.

Empieza el canto.

Soñando en Cuba
Llegué á la Habana,
Y una cubana
Me quiso allí.

Vamos á ver porqué mal pecado se enamoró la cubana del autor de estas vulgaridades.

Porque llevaba,
Más que dinero,
Mi buen sombrero

De Manabí.

Aquí hay dos tonterías, fuera del verso que es la tercera. Suponer que las cubanas son más amantes del efecto que del dueño, y segunda; pensar tambien que esas mismas señoras son tan simples que prefieren los sombreros á las monedas de oro.

Pero mis dichas
Se evaporaron,
Cuando robaron
Con gracia allí.
¡Ay! en un día
De mal agüero
Mi buen sambrero
De Manabí.

Aunque estos no son versos, me gusta la franqueza con que Baquerizo cuenta sus cosas.

No es orgulloso como Pallares Arteta, que dice siempre, aunque no le pregunten. ¿Quién le ha de preguntar esas cosas?

Mi triste amor y tu pasión ardiente....
me alegro mucho.

No, Alfredo Baquerizo no tiene esa pretensión. Cuenta lisa y llanamente que las cubanas le quisieron por su sombrerito; y

tuvieron razón, que si la cara de Alfredo es como sus versos, creo que no habrá muchos motivos para mostrarse airoso. Así son ellos. Llenos de trivialidades y de *gracias*, porque hasta el *ladrón es gracioso*; más gracioso que el poeta de los *sombreros* que en otra ocasión, y, probablemente, en la misma Cuba, empezó otro canto diciéndole á su amada:

"Salta del lecho niña
De mis amores ....;"

lo cual no pasa de ser una descortesía marcada. ¡Vaya si no será! como que quiere sacarla en camisa y á media noche y no sacarla, sino hacerla saltar, ¿y para qué? Para que oiga las canciones de Alfredito, cuando, por no oírlas, es capaz uno, no sólo de meterse entre las mantas, sino debajo de la tierra.

IX.

¿Han leído ustedes "*Carlota Temple*", traducción de don Roberto Espinosa? No. Pues bueno. No la lean nunca, si no quieren desmayarse y llorar mucho.

Llorar no; porque el señor Espinosa es incapaz de arrancar á nadie una lágrima de sentimiento. Lo que les pasará es ver á la pobre Carlota llorando desde el primer capítulo hasta el último; y á Montraville, y á Belcour y á todos los personajes que allí figuran; y desmayándose también. Hay una de desmayos....que no escapan ni los cajistas que escribieron, ni el impresor, ni el encuadernador, ni nadie; menos don Roberto, que, en ese nuevo Campo de Agramante, permanece impertérrito, tirando á la cabeza de los lectores cuantas exclamaciones se le vienen á la punta de la pluma; creyendo que á fuerza de poner ay! y oh! y ¡desventurada de mí! y ¡lloró! toda la noche, la cosa va á salir más luctuosa, siendo así que lo que sale es más atroz.

En fin, no le acuso por eso; que si así está en el original inglés, el traductor no tiene culpa; pero el literato sí, porque es

preciso tener un gusto demasiado estragado para escojer una novela de las más infelices y darla al público traducida, y mal traducida; como verán ustedes cuando salga el señor Espinosa cargado con sus pecados de novelista y de traductor, pues lo que es hoy, sólo hablaré de él como poeta, ó como *uno*, nombre que él mismo se da en una de sus poesías, que empieza:

Yo soy uno, tú eres una,

¡Qué principio tan desconsolador! *Uno y una!*

Mejor dicho uno los dos.

Sí, así esta mejor dicho.

Qué importa que la fortuna
Aquí abajo nos desuna,
Si al fin nos unirá Dios?

No, señor Espinosa. Conténtese con haber escrito estas vulgaridades, que su esperanza es infundada. De los poetas malos no se acuerda Dios, aunque sean jóvenes; digo jóvenes, porque, según se alcanza, el verso que acabo de citar lo escribió usted en la edad de la ilusión; esto es, antes de 1876, porque ya en ese año, comprendiendo que la juventud se le iba, echó por el atajo y nos dió en las narices con esto:

Con su entusiasmo, y risas y contento
Mi juventud se va;
La prosa de la vida
Insípida, cansada va á empezar.

A empezar, veo que no; usted ha sido insíp'da y cansada prosa desde que se *dio á* escribir. O desde que nació, si así le parece *mejor dicho*. De todos modos, lo escrito no puede estar peor, porque eso de llamar *prosa insípida* á la edad del desengaño, es una idea bastante infeliz, sobre todo en poesía.

Al término sombrío de la vida
Tan sólo ha de quedar,
Esperanza medrosa,
Vacío, confusión, duda tenaz.

No, señor; eso no es así. A un cristiano regularmente instruído, que tiene fe y que ama á Dios; cuando llega al agradable término de la vida, al fin de la lucha, no le queda esperanza medrosa, sino esperanza cierta de subir al cielo; no tiene vacío ninguno, porque Dios comienza á llenar desde ese momento el alma próxima á desprenderse de la materia; no se confunde ni duda, porque, fijos los ojos en el cielo, está ajeno á las confusiones de la tierra y del demonio, esperando que el ángel de la muerte

venga con un beso á cerrar para siempre los cansados ojosdel que se va.

Así mueren los verdaderos cristianos. Usted....no me atrevo á pronosticarle nadabueno. Pero es muy probable que, con todas sus filosofías y vorsos, tenga un fin como el que se anuncia: lleno de *esperanza medrosa, de confusión y de dudas.* Fin que naturalmente, no se lo deseo. Ojalá Dios quitándole la lira de sus manos, le haga un cristiano instruído, á fin de que no equivoque los frenos al hablar de las cosas del cielo y siente sin más ni más falsedades así:

Las desdichas afán y *padeceres*
Se acaban á la par que los *placeres*
Y el celestial sosiego

¿Conque se acaba el celestial sosiego? ¡Vamos! que eso es no saber lo que sabe un niño.

Las desdichas, los padecimientos y los placeres se acaban, porque, no viniendo de lo infinito, terminan con nuestra materia; pero el celestial sosiego....no señor. Ese dimana de Dios, y, como El, es eterno é incapaz de ser aniquilado. El hombre pierde ese sosiego por sus pecados, pero si se arrepiente lo vuelve á conseguir, prueba de que

no se ha extinguido; al paso que los goces terrenos, una vez idos, no vuelven nunca.

Ya ve usted, pobre señor Espinosa, las atrocidades que le salen por meterse á poeta filosófico.

Allá va otra, no atrocidad, sino poesía ó lo que se llame.

MENSAJES A ULTRATUMBA.

Melthinsk it is heaven on ly
to gaze upon her....

Esto es alemán, idioma en el que dice don Roberto ser muy versado.

Grande empeño, loco empeño.

Quedemos en algo, señor mío. En que es grande ó en que es loco. Elija.

Pero con esfuerzo grande,
He de crear nueva forma
En mis rimas delirantes

Mala cosa. Delirantes; es decir, hijas de la locura. En fin, veamos que cosas tan admirables le salen después de semejante introito.

De amante hermana discreta
Reprensión y buen consejo,
Y *de la abuela amorosa*
Qué de *regalados cuentos.*

¡Oh! señor Espinosa, esto es darle á uno con la puerta en las narices.

Cuando leí su primer verso de "*nueva* forma" creí, Dios me perdone, que iba usted á hacer algo *grande*. Con tantos esfuerzos.....Y no que salimos con que su hermana le daba buenos consejos, y su abuela le contaba cuentos sabrosos. Para esto sólo no necesitaba hacer rimas delirantes.

Vamos andando.

Te pienso durante el día,
Te suspiro cada tarde,
De la noche en el proceso
En tí sueño.

Tiene mucho de abogado el señor Espinosa. *En el proceso de la noche.* ¿No hubiera sido mejor soñar en los autos ó en las notificaciones?

Siento frío, tengo sueño.

Le digo francamente, señor Espinosa, que hasta aquí no veo nada de formas nuevas en sus rimas. Todas son vulgaridades.

Siento frío.....

Nunca me las he dado yo de poeta, y si

nembargo, sin andar diciendo que voy á hacer *rimas delirantes*, cadav ez que la temperatura baja, digo á todo el que me quiere oir, que estoy con frío, y si mucho aprieta lo malo del tiempo, me abrigo como puedo, y si tengo sueño me duermo; que es lo que le aconsejo que usted haga, sin andar haciendo cuartetas ni nada.

¿Tiene frío? Pues á la cama y en paz.

La luz del día me corre,

Usted es el que hace correr á los lectores con estas frialdades.

¡Calle el quejoso! á su faena

Eso mismo le digo yo. ¡Calle el quejoso, y siga en su destino de Subdirector de Estudios; pero nada más! Sus versos no valen lo que cuesta el trabajo de leerlos.

¿Y para decir esas cosas nos ensartó una sentencia alemana y una redondilla á manera de avise de escribanía?

¡Calle el quejoso! Sus versos no están buenos ni para correr por el mundo, ni para enviarlos á ultratumba.

¿Sabe para que están buenas sus rimas delirantes?

Para remitírselas á cierto misionero del

Napo que adolece, como usted, de la misma manía. No de hacer versos, sino de poner oraciones enteras en otro idioma, con la diferencia de que no son en aleman como las suyas, sino en quichua.

Pero no; no le aconsejo que cometa semejante disparate, porque se expone á recibir en contestación alguna epístola inacabable y llena de *americanismos*, como las que recibe heróicamente cada semana S. E. el señor Dr. D. Luis Cordero. ¡Pobre señor! le compadezco de veras al ver que ni el merecido puesto que ocupa, le puede librar de tantas arremetidas de quien

> Sin dar paz á la mano
> Menea fulminando el hierro insano.

O la pluma, que para el caso es peor. Porque á más de herir, martiriza; sí, martiriza á fuerza de pedir y volver á pedir la tranquila posesión de más de mil ochocientas leguas de territorio oriental, y de poner á cada treinta renglones, ó cuando á algún otro misionero se le quiebran las narices por casualidad:

In hoc nati sumus.

No, señor Espinosa. Ya hay un mártir. El Presidente de la República, y no es po-

tragas tumba ; y de este otro *tragaba.*

En subita visión *entrever* me hizo
La eternidad que al punto la *tragaba.*

Donde usted, no sólo se muestra mal versificador, sino vulgar y pobre de pensamientos.

Y de todo.

X.

Trajano Mera es hijo del señor don Juan León Mera, que es como decir, la misma frialdad y sosería.

Eso sí, es joven, y, con el tiempo, puede llegar á escribir en prosa tan bien como su señor padre. Pero no en verso, porque no tiene inspiración, ni la tendrá por más que se esfuerce en buscarla en el cielo, en la mujer ó en los ríos. A propósito de ríos, permítaseme citar algunos versos de Trajano, para que vean como se inspira cuando ve el agua.

OLAS Y ESPUMA.

Heme-ya largo tiempo
De codos en el puente;
La *barba entre las manos*
Y fija la mirada en la corriente.

Postura de poeta. De codos sobre el puente, fija la mirada y agarrado de las barbas. Dante no se hubiera puesto mejor para soñar en su infierno.

Cuánto pesar!

¡Ah! ¿Le pesa el estar agarrado de las barbas ó le duele algo?

¡Cuánto pesar!....las olas
Que vienen y que al punto
Desparecen veloces
¡Cómo á mi pensamiento dan asunto!

Ya va inspirándose. Las olas le dan asunto.

Y prosaismos inaguantables; porque desde el primer renglón "Heme ya aquí", todo lo escrito es bastante desmazalado y tosco.

¡Olas!! ¡Olas tranquilas!!

Se inspiró.

Y vean ustedes qué maña tuvo Trajano para llevarnos hasta la punta.

Se puso á meditar con manos y barbas sobre el puente; después contempló la corriente, y pareciéndole aquello un grande asunto, exclama en el colmo de la inspiración

¡Olas! Olas tranquilas!

¿Y para decir esto se agarró usted tan frenéticamente de las barbas?

Que retratáis fielmente,
Mejor que claro espejo,
Los cielos, las florestas y *la puente*

Aquí tienen ustedes, al escritor del siglo XVII diciendo todavía *la puente*, sin duda

para que le conste el verso, y para que le salga tan feo como el segundo,

Que retratáis fielmente,.....

que no pasa de ser una simpleza bastante falsa.

Las aguas, por más cristalinas que sean, no alcazan á reproducir las cosas tan fielmente como un espejo, aunque no tenga la cualidad de claro. Además, Trajanito, desde *la puente* no ha podido ver la imagen de las florestas ni de nada. A la distancia, las aguas, sólo presentan un color azul más ó menos cargado de sombra, pero sin florestas ni *la puente*.

Olas que rumor suave
Levantáis, las arenas
Al *lamer*, cariñosas

Lamer, aplicado á las olas, no es cosa que merezca plácemes.

Otro cualquiera que no fuera Trajano, habría dicho *besar*. Es más decente y más poético; y no *lamer cariñosas*

De la orilla apacibles arenas.

¡Hombre! Trajano! ¡Cómo han de ser las arenas apacibles!

Vosotras que traviesas
Los guijos azotando

Ajá? ¿Conque ya no lamen, sino azotan? Más luego va usted á ponerles camisa.

Os alejáis fugaces
Cual niños que al correr se van cantando.

¡Oh! Muy desdichado está usted en esa clase de comparaciones.

¿Qué tienen que ver los niños con las olas? Eso es como si usted comparara el pan de huevo de Ambato con la carabina de Ambrosio.

Sí....ni la espuma falta....
¿Qué ha de faltar, si en suma
El que medita encuentra....
En la corriente espuma

Como usted encuentra disparates, tales son, el meditar profundamente, y hallar después de la meditación ¿qué? Vamos á ver. ¿Qué encuentra usted después de tanto meditar? La espuma!! ¡Miren que cosa tan digna de meditación! ¡Y tan tonta!

Olas *aduladoras*

Este adjetivo está muy mal puesto, Tra-

jano. Las olas no tienen esa cualidad tan baja.

Que beso fervoroso....

Puede ser cierto. Sobre gustos no se ha escrito.

Puede usted besar las olas fervoroso, apasionado ó como le de la gana.

Qué beso fervoroso
Dais á la flor que inclina

Peor que peor. En usted era medio pasadero el beso fervoroso; pero en las olas... ya no cabe más. Ahí es nada, unas olas que besan devotamente.

Y las que allá sañudas
Alarde haciendo estáis de audacia loca.

No, amor. Las olas no hacen alarde de nada. Corren, se chocan; pero no son sañudas ni tienen audacia loca. Usted, usted solo es el que alardea de poeta, y el que tiene audacia loca; digo, al menos, para imprimir estas cosas.

Y estas otras.

Olas que en rumor suave....

¡Cuántas olas! ¡Válgame Dios! ¿Cree,

usted, que con poner á cada paso "*olas*, y *olas* y *olas*", ganan algo sus versos? Pues no, señor. Tanta repetición lo que arguye es falta de ideas, de gusto, y pobreza de dicción.

La juventud ¿no es ola,
Todo es ola.

Y usted también, que se ha enamorado de la *palabreja*, como dice el Vicario del Napo, para cansar con ella á los lectores.

Olas son los afectos

No hay tal. Los afectos se parecen tan-á las olas, como usted al pico de Tenerife.

Olas que *huyen veloces*,
Olas son *los pesares*,
De amor los devaneos
Olas.....

Si, ni la espuma falta.....

La espuma de mil tonterías sobrenada en los versos de usted, así como en las poesías del Cisne ecuatoriano, señor don Luis-Cordero, nunca falta esa ambriosía dulcísima de que se alimentan los dioses. El señor Cordero sabe limar sus versos, y los defectos que éste deja pasar, apenas son como estos:

¡Madre del infeliz que no la tiene,
Recibe esta familia, que, á ser tuya,
Dejando en polvo á la que tuvo viene.

Expresión bastante impropia, y que eclipsa no poco la belleza de los siguientes versos:

Sé su tierna y clemente protectora:
Después de tu orfandad en el calvario,
Ya no debe haber huérfanos, Señora.

Acabe usted, señor Mera.

Quién eres?
Trajano Mera.
¿Vienes?
De Ambato.
¿Vas?
A comprar una escopeta.

No dice así el señor Mera, que ya quisiera decirlo. El dice que es una ilusión [buena ilusión, ilusión con capa.] Y que se va al olvido, y que viene de dejar herido un corazón que le tuvo más de un año, guardado, probablemente, en el baúl. Ojalá no le hubieran suelto nunca, para que no echara á volar versos tan malos.

Malos hasta la pared del frente.

XI.

Cual César, "con la pluma y con la espada". Con la espada no, sino con el bisturí.

Porque han de saber ustedes que Miguel Moreno es médico y poeta; es decir, dos veces verdugo: De sus enfermos y de la poesía, á la que despedaza sin misericordia, á falta, sin duda, de muertos en quienes ejercitar sus talentos quirúrgicos. ¡Cómo ha de ser!... Ese es su gusto, y será preciso aguantarlo en todo el cuerpo, á falta de otra cosa. Pero no sin protestar, porque eso sería hacerle creer al doctor Moreno que tiene carta blanca para seguir apedreando á los lectores con cosas así:

NO PUEDO AMARTE.

Algo de verdad hay en el título, porque los médicos, me parece..... En fin, sigamos.

¿Por qué al verme ¡pobre Elisa!
Amargo llanto derramas?

Elisa debe de ser alguna enferma á la que el doctor Moreno administra sus pócimas.

Porque el corazón me avisa
Que no me amas, que no me amas!....

Y todavía con admiración y puntos suspensivos, como para indicar lo que adentro se le queda.

¿Y no ha de llorar Elisa?
Oye, paloma inocente,

Y bien inocente y desgraciada que es. Como que tiene que aguantar las impertinencias de usted.

Llorando contarte quiero.
.....

Antes lloraba Elisa; ahora le toca el turno á usted, que es como si llorara el sepulturero. ¿Llorar usted? ¡Bah! Usted no llora; no es capaz de eso.

.....

La historia tierna y doliente
De mi triste amor primero.
.....

Al principio *coloreando*,
Poco después, *sonriendo*,
Luego amorosa *mirando*,
Y al fin mi mano *oprimiendo*,

Así, toda la longaniza llena de nudos.

Dijo y mi seno *buscando*.....

.....

Qué amante de los gerundios es este bendito doctor.

En fin, algo ha de amar.

.....

Me abrazó y agonizando.....

.....

Pues al verte *coloreando*
Temo verte *sonriendo*

Ya no hay aguante.

Más tarde enferma *llorando*

Pues aquí te quiero escopeta. Eso es lo que usted desea precisamente.

Ver enfermos á todos para ejercer su profesión con algún provecho.

Y entre mis brazos *muriendo.*

Se supone. Es decir, digo: enfermo que cae en sus manos, creo que no ha de levantarse á la vida.

Si los trata mal, tanto como á la poesía.. no hay esperanza para ellos.

¿En qué quedamos? Ah! En los gerundios.

Si, buen gerundio está don Miguelito con sus versos en ando, y sus enfermedades y muertos. La cabra tira al monte y el médico al pulso y la lengua. Ejemplo:

Es otro gerundio médico.

EL INCIENSO Y LA ALHUCEMA.

¡Pobre de mí que mi madre
Se me muere, se me muere!

Por lo visto, las poesías del doctor Moreno son semejantes á un cementerio.

En todas hay muertos.

¡Ay!.....

Aquí debe entrar otro moribundo

¡Ay! qué suertes tan distintas!
La una con cara de pascua,
Y la otra que ya se muere.

Y sigue:

Y la otra que huele á tumba
Y á una madre que se muere.

Y repite

Ay! ya se murió mi madre.....

¡Ay, ay, ay! ¿Y no hay quien mate al médico de una vez?

¿Han visto ustedes la mortandad que ha hecho este señor en sólo dos de sus poesías? Pues aun tiene más.

PERDON DE MADRE.

¿A qué madre? ¿No lo sabe?
¿A cuál?....No lo entiendo yo
A poco que tu salistes
Para casarte, ¡gran Dios!
La *mataste* de vergüenza,
La *mataste* de dolor.
¿Dime, por Dios no supiste
Quién se iba á *sacramentar*?

Sacramentos? Aquí viene el muerto.

Y habrá *muerto*?.....
Olor á cera y á tumba.

Etcétera. Que ya juzgo á mis lectores cansados y nauseando con tanto olor á cera, y muertos y enfermedades. ¡Poeta de botica! cree que es lo mismo cortar las piernas á un difunto que hacer versos.

Pero no es esta la sola gracia de don Miguel.

Tiene otra, no tan negra como la anterior, pero sí más disparatada. La de repetir, por lo menos, dos veces, en una cuarteta el mismo hemistiquio ó las mismas palabras.

Y pruebo.

Porque el corazón me avisa
Que no me amas, que no me amas.

Pobre de de mí, que mi madre
Se me muere se muere.

Yo no puedo señorita,
Yo no puedo detenerme

Bate palmas, bate palmas
Llegó el huesped, llegó el huesped.

De seguro que ese huesped no habrá sido la poesía. No, señor; esa deidad no viene por más que usted sude y se afane batiendo palmas, y cambiando de metro y escribiendo en romance. Como si dijéramos: haciendo sogas más delgadas, como

LA GARSA DEL ALISAR.

Morirá también?
No sé, pero tengo miedo.

Tendido sobre una roca,
Orillas del Macará

Al primer tapón zurrapas. *Tendido orillas!*

.....

Correo que vas y vuelves

Qué nuevo es ese verso? Pues y éste?

Por camino del Azuay

.....

Y le respodió el correo
Lleno de amabilidad.....
Como usted lleno de prosa,
De orgullo y de necedad

Caballero, cual los vuestros,
Cual los vuestros eran ¡ah!

Allá van más repeticiones:

Pobre niña, pobre niña
Cubierta su hermosa faz

.....

Ay mi correo, correo.

Que se va y vuelve, y que le da la noticia de que olió....á lo que saben ustedes: *á cera y á tumba.*

Y salieron y salieron

Los disparates á miles.

Y los versos medio cojos, porque todos padecen de esa enfermedad, por más que don Miguelito las eche de médico.

Y de biógrafo de sus gustos.

¿Quieren ver su *semblanza*?

Aquí viene.

Del tiempo que pasó niebla indecisa

Esto me parece que va á salir peor que las muertes de antaño.

Del tiempo que pasó niebla indecisa

Eso le gusta á usted ¿ verdad ? Pero, cómo se las compone, señor doctor, para ver en el cielo las nieblas que no existen, por lo mismo que son de un tiempo que ya pasó? ¡ Bonitos ojos tiene ! Parecen catalejos.

Rayos de luz

¡ Hombre, qué cosa tan rara ! Pues de qué han de ser los rayos ?

Rayos de luz, girones de la bruma

Todo en girones : la niebla y la bruma. Bobo ! no sabe que la bruma y la niebla son una misma cosa ?

Murmurio de la linfa entre la espuma

¿ Sabe usted lo que es linfa ? Bueno. Pues la linfa no puede producir ruido ninguno por sólo estar con la espuma. La espuma no es un cuerpo resistente y duro como sus versos, que obligue á la linfa á murmurar.

El maridaje de la casta risa

Maridaje.... pero, no; esté usted de plá-

cemes. Y me alegro que le haya dado ahora la manía por hacer casar á cuanto bicho asoma. Hasta á la risa. Eso es menos lúgubre que la cera y la tumba, y el olor á muerto, con el que tan bien hallado está usted.

En fin, acabemos; pero de una sola tirada, porque seguir haciendo comentarios á cada despropósito del Dr. Moreno es agotar la paciencia inútilmente.

El *maridaje* de la *casta risa*
Con el dolor que al corazón abruma;
El aliento del alma que perfuma
De vírgenes y flores la sonrisa.
En la desgracia corazón sensible
En la alegría éxtasis que arroba:
Este es el canto que la vida aquieta,
Canto del melancólico poeta.

¿Han entendido ustedes? Pues yo tampoco.

No es fácil entender disparates, como el *aliento del alma perfumado de vírgenes y flores la sonrisa.*

¡Ah! ¡Miguel Moreno! ¡Y tiene valor para decirnos que es melancólico poeta! ¡Qué blasfemia! Usted será médico, enfermero y lo que quiera. Menos poeta.

XII.

Ya don Numa Pompilio Llona es de la pelea pasada. Ya va perdiendo el seso.

Y lo comunico á ustedes, no para que se alegren, sino para que se guarden.

No vayan á creer que, porque la edad ha agobiado á don Numa Pompilio, ha dejado de hacer versos. ¡ Ca ! ¡ Bueno fuera ! Pero no es eso.

¿ Más viejo ? más versos. No con impiedades como en su juventud, sino con esas cosillas que... anuncian dolorosamente que la cabeza se va desordenando como una máquina cuyos tornillos se han aflojado por el uso y traqueteo.

Afortunadamente no es la juventud ecuatoriana la víctima de sus últimos estornudos poéticos, sino un don **Juan de Arguedas,** á quien, con cierto miedo y sentimiento, le endereza estas dulces noticias.

SONETO.

¡Ya no existe el Amor....murió, poeta !
¡ Qué buena noticia !
¡ Y tan fresca !
Y así repetida, como para que la enten-

damos mejor.

Ya no existe....murió.

El amor *murió poeta*, como pudo morir mártir. Si el amor es el poeta; aunque me parece que no; porque el *poeta* está entre comas, como refiriéndose á ese desventurado Arguedas, que no sé si efectivamente será poeta. Cuando Llona lo dice....me parece que no debe ser así.

Y en su altar colocaron al Deseo

¡Oiga! ¿Conque no hay amor sino deseo? Y con *de* mayúscula, como para hacerse el entendido.

¿Y qué tenemos con eso, señor Llona? ¿Qué hemos perdido con la muerte del Amor? ¿Qué hemos perdido?.... Ahora verán ustedes como por ese muerto nos vienen males sin cuento.

Do quier que giro la mirada inquieta
Miseria y fango y egoismo veo.

Usted que ya no sabe ni para qué sirven los ojos, es libre y puede ver lo que le plazca. Nosotros, no. ¿Por qué hemos de ser miserias? Es decir; ver, las veremos, porque la humanidad toda es miseria; porque

siempre está en el fango, y donde quiera que volvamos la mirada hallaremos lágrimas y lodo. Pero no porque se ha muerto el Amor, ni porque le han sustituído con el deseo.

Por otra parte, el amor no siempre es bueno. Hay amor al crimen, al vicio.... etcétera, y los deseos tampoco son siempre malos. Hay deseos de amar á Dios, al prójimo y á cualquiera otra cosa buena. Y decir que por el advenimiento del *Deseo*, las miserias se han desencadenado sobre la humanidad, es como decir: Ahora es día, porque á Pilatos le sacaron las muelas.

En las sonrisas cariñosas leo:
Y, aunque encubierto con falaz careta,
En cada hombre....un comerciante hebreo.

Todos hebreos.

Pero ¿por qué nos vuelve usted judíos? Está buena la ocurrencia de don Numa!

De manera qne para no ser descendientes de los que Moisés sacó de Egipto, es preciso no tener deseos; mas claro, es necesario ser unos pedazos de palo é incapaces de todo.

Viejos son ya los niños, las mujeres
En almoneda, corazón y mano.

Ponen, cual avarientos mercaderes.

Al fin hijas de la Judea. Lo que fueron sus padres es natural que sean ellas.

Ha hecho usted muy bien en decirlo para conecerlas mejor. Desgraciadamente ya es tarde; pues ahora, todo el que lea estas magnas verdades, creerá que son delirios y nada más.

Y no les faltará razón, una vez que todas esas verdades vienen mezcladas con otras tantas soserías. Como la de decir que los niños son ya viejos á fuerza de desear, cosa que ni usted mismo la cree! Si eso es una atrocidad. El deseo no envejece á nadie. Más envejece el amor, al que da usted el cetro de oro de la virtud. Ni por el deseo venden las mujeres el corazón y la mano. ¿Por el deseo de qué, señor Llona? Porque ya estamos al fin del soneto, y usted no tiene cara de explicarnos eso.

Inocencia! amistad! virtud! decoro!
Mentidos nombres. El Linaje Humano
Postrado yace ante el Becerro de oro.

Disparates y más disparates.

Si lo que yo digo es siempre la verdad.

Desde que ví que en el soneto salian los amores muertos, y el deseo con altares, dije

para mí: el señor Llona va perdiendo el tino. Y ya ven ustedes que no me he equivocado. Porque si tuviera el juicio sano, en vez de empezar por el amor, habría empezado por el *becerro de oro*, que era lo más natural, como que dice que la humanidad está postrada ante él; al paso que ahora no sabemos si los males nos han venido por el becerro, ó por la muerte del amor ó por el deseo. Pero aun cuando esto hubiera estado explicado, no crea señor Pompilio, que su soneto habría salido mejor; no, el soneto es incapaz de compostura.

Porque en él no dice usted nada que sea siquiera medio razonable.

Y porque todo es una pura desdicha, por más que en esos catorce versos haya querido imitar con sus palabrotas huecas, la armoniosa valentía de Núñez de Arce.

La imitación no consiste en poner algunas palabras semejantes á las de otro poeta. Para eso se necesita saber sentir, y saber expresarse con la misma galanura que aquel á quien tomamos por modelo. Como lo hace Quintiliano Sánchez en una de sus poesías titulada "Combates", en donde muestra un estilo tan gallardo, tan melancólico y florido, que en nada se diferencia del que em-

plea el vate español en su poesía "*Treinta años*", de la que me permitiré copiar una sola décima, á fin de poderla comparar con otra de nuestro armonioso Sánchez, no para que usted, señor Llona, aprenda lo que se llama saber imitar; porque usted ya no está en la edad de aprender esas cosas, sino para que vea, si no está ciego, lo que va de sus sonetos, *llenos de becerros*, á la verdadera poesía.

Dice Núñez de Arce:

¡Treinta años! ¿quién me diría
Que tuviese al cabo de ellos,
Si no blancos mis cabellos,
El alma apagada y fría?
Un día tras otro día
Mi exissencia han consumido,
Y hoy, asombrado, aturdido,
Mi memoria se derrama
Por el ancho panorama
De los años que he vivido.

Dice Quintiliano Sánchez:

¿Qué te queda corazón,
De tus placeres pasados?
¡Ay! recuerdos desgraciados
Que ahora penumbras son.
Más raudas que el aquilón
Pasaron todas tus glorias,
Y sólo quedan historias
Para tormentos del alma;

Que treguas no dan ni calma
Si son tristes las memorias.

Ve usted? Esta décima de Sánchez, sin ser un plagio ridículo, es en todo semejante, no sólo á la décima de Núñez de Arce que he citado, sino á otra de sus más hermosas poesías, al Miserere.

La misma elevación, la misma economía de epitetos; el pensamiento perfectamente redondeado y robusto, y cierta melancólica sencillez, que nunca llegará usted á imitar, precisamente, porque si le sobran consonantes y palabras de gran rimbombe, le falta el genio del verdadero poeta, que hace sentir sus dolores y comprender sus alegrías.

XIII.

Y bien asqueroso que es don Eduardo Espinosa.

Como que á lo mejor sale, en sus artículos en prosa, con porquerías así:

"*Eban los meaditos del niño*".

Y con otras peores, que, por prudencia, las dejaré ocultas; contentándome, por ahora, con sus poesías, que, si no tienen nada de me.... tienen mucho de prosa.

Y de mal gusto.

Empieza una de ellas:

En oculto peñón donde no alcanza
Nunca el rayo del sol á penetrar,
Blancas perlas se cuajan en los senos
Oscuros de la mar.

Exhalando suavísimas aromas
Que embalsaman el céfiro de abril,
Oculta nace la violeta y muere
Oculta en el pensil.

Por lo pronto, señor Espinosa, le haré notar á usted que las perlas junto á la violeta, forman un contraste bastante ridículo.

Si usted en sus versos quiso, como supongo, hablarnos sólo de lo más *recóndito* ¿por qué pone, entre las cosas de esa laya, una

flor, á la cual, á lo sumo, se le puede dar el calificativo de modesta?

Además, y esto aunque no lo crea, la madreperla no habita esas profundidades que usted dice; no, esas pintadinas, por su misma estructura, gustan de una profundidad media, como sucede en las pesquerías de Ceilán, de Manta y de Chiriquí, donde apenas el agua sube algunas brazas. Para que se vea que Espinosa no es ni aprendiz de poeta, no habría más que reimprimir los cuatro versos que ha escrito.

También están malos, por la misma razón que los de la violeta, los versos que siguen:

De los troncos salvajes entre el musgo
Tímido luce el mágico primor,
Con que natura pródiga le ornara
Insecto brillador

Porque los gusanos de luz, luciérnagas, ó lo que usted quiera, nada tienen de oculto ni de tímidos. Esos insectos, precisamente por el resplandor fosforescente que despiden, son los más visibles en medio de la noche; mucho más que la violeta, y que los

Tristes despojos de ilusiones idas
Al embate de recia tempestad.
Guardo dentro del alma los recuerdos
De mi primera edad.

Versos tan sin sentido y tan fuera de propósito, que no acierto á comprender por qué los puso usted aquí.

¿Qué quiere decir con eso?

¿Que también los recuerdos estaban recónditos como las violetas, y como el insecto brillador, y como las perlas, que tan ignorantemente las hace *cuajar*?

Si ese ha sido su intento, no puede negarse que tiene usted ideas dignas de lástima.

En primer lugar; porque decir que las ilusiones tienen *despojos*, es un atrevimiento de muy mal gusto; y en segundo, porque, siendo los recuerdos una cosa impalpable, no ha podido usted compararlos, por estar ocultos, con objetos tan diferentes. Además, ¿por qué dice que las ilusiones se fugan al *embate de recia tempestad*?

Nada tienen que ver las ilusiones con lo malo del tiempo. Ellas viven en el corazón y allí no llueve. Pero no; supongo que no habrá sido esa su idea. No ha querido usted decir que las ilusiones se le van con el viento y los aguaceros; no. Usted quiso, tal vez, decir, que, conforme los años se amontonaron sobre su cabeza, las ilusiones de su niñez se fueron desvaneciendo. Pero aunque así lo entendiera yo, todavía pudiera

agregar que el modo como se ha expresado usted es ruin; pues debió explicar qué clase de tempestades fueron las que deshicieron esos fantasmas de su primera edad, á fin de que el verso no quedara, por lo menos, tan infeliz, ya que, si son sólo los despojos de las ilusiones los que usted guarda, no hay razón para sacar á luz todas las otras cosas. Si no era también para guardárselas dentro del alma, para qué sacó las perlas y los gusanos? Las perlas sobre todo, recónditas estaban (tan recónditas como la poesía en la cabeza de usted) Que, efectivamente, debe de estar muy oculta. Como que no aparece por ninguna parte. Ni en lo que he citado, ni en esto otro.

CREPUSCULOS.

¡Y qué títulos tan fachendosos nos pone Eduardo para encubrir sus pecados poéticos!

LO MAS RECONDITO.
CREPUSCULOS....

Ahora verán ustedes los *Crepúsculos*.

En las pupilas del oriente el alba
Comienza á titilar;

El señor Espinosa debe de ser, cuando menos, sobrino de Leonidas Pallares Arteta.

Tiene el mismo defecto: el de poner á la aurora hasta pantalones, cada vez que le viene en talante.

Soplan las brisas y la luna *triste*

Sí, señor; triste, si es que puede estarlo, por haber salido tan de mañana á figurar en las pupilas de la aurora con *titilaciones*. Y en sus versos, si versos pueden llamarse prosaísmos como éste:

Aun se ve brillar.
Parpadea....

¿Qué será lo que tan poéticamente *parpadea*?

Parpadean mil luces moribundas
En la bóveda azul,
Y el mundo soñoliento yace envuelto...

En las ropas de cama porque está con frío. La mañana que pinta no es para menos. Llena de estrellas, digo, de luces, aunque está muy malo eso de que parpadean.... Qué más?

Cantan las aves sobre las viejas

¡Pobres viejas! para lo que han servido en sus versos, don Eduardo. Para que los

pájaros canten sobre ellas. Pero no, no son simplemente las viejas, son :

. . . . las viejas tapias
Que cercan el jardín ;
Y á *medio abrir* las *aromadas* flores
Se tiñen de carmín.

¿ A medio abrir ? de verdad están así ?... Y de qué carmín se tiñen ? Cuando al sol le faltan pocos instantes para despuntar por el oriente, las nubes que están un poco altas, es verdad, toman ese tinte carmesí, tanto más marcado, cuanto que, sobre la tierra, todavía flotan las últimas sombras de la noche. Ahora, cuando el sol se deja ver, ya no hay carmín en el cielo. Los montes se tiñen de color de oro, y las praderas muestran más vivo el color de la esmeralde. ¿ De dónde, pues, saca usted ese carmín para teñir sus *flores medio abiertas* ? Y flores *aromadas* sin duda por las viejas. . . . tapias ; en todo caso debian ser *perfumadoras*, porque no reciben el aroma, sino que lo exhalan.

El vago susurrar de las corrientes
Empieza á decrecer,

¿ Por qué viene el día ! no es una razón de peso. Nada tiene que ver la luz del sol

con la mayor ó menor fuerza de una corriente.

Lo que usted quiso decir, pero no pudo, es que, con la animación y el ruido, no del día, sino de los seres que despiertan con el día, el sonido de los torrentes se oye menos; lo que no sucede en el silencio de la noche, donde todo ruido se aumenta con prodigiosa intensidad.

> Y sólo se oyen los murmullos blandos
> De *un dulce* amanecer

Desde que dijo usted *decrecer*, ya esperé al amanecer *dulce*, y con *murmullos blandos*.

> Ni tinieblas ni luz

¿Conque al amanecer no hay ni tinieblas ni luz? Entonces háganos usted la caridad de decir qué es lo que hay; y si no lo sabe tampoco, pregúnteselo al señor Wickman, quien, puede ser que se halle al corriente de esas cosas.

> . . . . la vista sola
> No acierta á definir
> Si es la noche que muere, ó si es el día
> Que empieza á sonreir.

Todo es igual.

Ella y yo nos mirábamos entonces,

Es decir, usted y la noche.

¡Cuan dulce *es* su mirar!

Como dice en el verso anterior *nos mirábamos*, me permitirá que le haga notar que el *es* de este último verso está muy mal, pues debía de ser *era*.

Yo te adoro—la dije—y ví en sus labios

¿Dice usted todas esas cosas á la noche con boca?

Blanda risa vagar.

Blada....este parece un adjetivo más aplicable á la cama ó á la cera, que á la risa.

Las alas pliegan en la selva oscura
Las aves y á cantar
Rompen....

Se metió usted á cantar al crepúsculo de la tarde, y ha salido todo roto. Hasta el canto de las aves en las selvas, selvas que, sin necesidad, encaja usted. No en todas partes hay selvas, menos en Chillo, que es donde usted ve siempre sus crepúsculos.

Rompen en tanto que la *blanda* brisa

Todo blando.

Risa, blanda,
Brisa, blanda,
Murmullos, blandos,

Y hasta usted medio reblandecido.

Cierran las flores sus capullos pálidos....

Nada he querido decir hasta ahora, de la abundancia de epítetos que en sus versos se nota, porque esperaba ver si se moderaba siquiera al final; pero ¡qué! Usted sigue adelante como un granadero al encuentro del enemigo.

O como Angel Polivio Chaves que dice que va á venir

Sable en mano
A matar al tirano.

Usted viene epíteto en la punta de la pluma.

A matar á la poesía.

¡Ay! yo no sé lo que sentí al mirarla
Que la razón perdí.

Lo había sospechado, pero le advierto que no sólo usted ha perdido la razón.

También yo me he visto á dos dedos de perderla.

Leyendo sus poesías.....

Eso sí, Eduardo Espinosa es muy jóven, y, con el tiempo, es seguro que...se rematará.

FIN DE LA PRIMERA SERIE.